

LA SEMANA SANTA
DE ANTAÑO

LA DEVOCIÓN DE QUEVEDO

NUESTRO señor del donaire don Francisco de Quevedo, era creyente por todo extremo y muy grande observador de las prácticas religiosas.

Si la Iglesia no le cuenta en el número de sus Santos Padres, es por más grande pureza de su fe, pues harto conocía, por conocer bien la flaqueza de su cuerpo (tan grande como la fortaleza de su alma), que sería tan mal sacerdote como el arcepreste Juan Ruiz, el músico Espinel y el cortesano Lope de Vega. Fuera del claustro y lejos del altar, podría servir a Dios mejor que aquellos que se llamaban ministros de su corte.

Las poesías místicas salidas de la misma pluma que, para regocijo del mundo y honra de nuestro Parnaso, compuso *El Gran Tacano* y las *Cartas del Caballero de la Tenaza*, son cristianísimos modelos, que pueden figurar con honra junto a las exaltadas rimas de la madre Teresa, al *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, y a la mansa quietud del divino Fray Luis.

Así como Leandro de Moratín dijo siglo y medio más tarde: «Al café se va a tomar café», don Francisco dijo: «A la iglesia se va a rezar...»

Y, por sustentar esta piadosa afirmación, acaecióle el grave suceso que ahora, desde las celdillas de mi revuelta memoria, se me acude a los puntos de la pluma.

Era la tarde del Viernes Santo de 1610.

Don Francisco no había querido asistir por la mañana a la procesión del Santo Entierro que celebraban las cofradías de la villa, por no ser testigo de las chabacanerías y sacrilegios que se celebraban a ciencia y paciencia de las autoridades eclesiásticas y aun del santo y temible Tribunal del Santo Oficio.

La Semana Santa de habrá tres centurias era el verdadero Carnaval de la Iglesia.

Su merced pasó la mañana encerrado en sus habitaciones, que, por privilegio especial de haber sido su madre azafata de la reina Margarita, tenía en el regio Alcázar.

Cumplió con sus devociones, y aun hay

indicios de que se flageló por más de media hora en memoria de la pasión de Cristo, y a punto de medio día fuese a comer con su hermana doña Margarita, que habitaba en la calle de la Madera, muy cerca de la del Rey.

Sonando las tres en el reloj de San

donde aún se alza la mencionada iglesia, que tiene en un ángulo de su torre el único reloj de sol que acaso existe en Madrid, no se pensara que de caballero tan grave y taciturno habían salido aquellas desvergüenzas a *Doña Mirena Riqueza*, ni esotras sátiras sangrientas

pedían en la puerta, y embocó en la mansión de Dios con la mansedumbre y sencillez del justo.

Ya la iglesia estaba mediada de fieles, pues que habían fama en todo el barrio las alborotadas Tinieblas de esta parroquia, y era preciso buscar un buen sitio para no sufrir incomodidades ni tanteos de faltriqueras al tiempo en que, apagándose el último cirio, quedaba la iglesia completamente a oscuras.

Quevedo buscó casi a tientas un lugar bajo el púlpito, y en lo que empezaba la ceremonia entretuvo con sus devociones mentales.

Junto a él advirtió una dama de razonable garbo.

Acaso vista en la calle y en otro día no hubiérase contentado con mirarla solamente, sino que la cercara con las armas de su galantería y rindiérala al fin con el poderío de su ingenio.

De allí a poco comenzaron los cantos funerales, y don Francisco, siguiéndolos con toda la fuerza de su fe, se huyó por entero de este mundo.

Cuando más ensismado estaba su merced, advirtió con harto efecto que le quitaban la devoción.

Junto a la dama bizarra, que por un momento hiciérale venir en acuerdo del pecado carnal por devoción de las maravillas femeninas que Dios fué servida de poner en la Tierra, había un mozo de más de la marca, que no dejaba de mosconearla al par de la oreja.

En principio creyó el autor de *La Política de Dios y Gobierno de Cristo* que entrambos eran tal para cual, y pensó en espantarles con las acedas despachaderas que solía tener; pero advirtió que la enlutada

antes parecía enojada que gustosa del asedio, y en alguna ocasión vió que le rechazaba con manifiesta aspereza.

Al fin, uno de los ataques del enemigo debió de ser tan recio, que la ofendida le paró con un empujón, dado con tal ahinco, que el rechazado hubo de apoyarse en don Francisco para no dar en el suelo con toda su inquieta humanidad...

Ya a este tiempo habíase apagado la vela de en medio y la muchachera ple-

JOYAS DE LA PINTURA RELIGIOSA



CRISTO ENTRE SEIS SANTOS. — CUADRO DE AUTOR ANÓNIMO

(Colección Lázaro Galdiano.)

Plácido, cuyo complicado mecanismo aún no había sido dispuesto por la sentimental lascivia de Felipe IV para que doblase a muerto al dar la hora, salió de la casa fraternal y encaminóse a la parroquia de San Martín, donde proponíase pasar la tarde, bien atento al oficio de las Tinieblas.

A fe que quien le topase durante el corto trayecto que hay entre la dicha calle de la Madera y la del Desengaño,

contra el mal gobierno del duque de Lerma.

No hizo caso alguno de los mercaderes que en el atrio escarnecían la solemnidad del templo vendiendo viandas, más propias de carnestolendas que de cuaresma, y aguardientes y vinos, que estaban pidiendo a voces el mostrador de las tabernas o las mesillas de los zaguanes posaderiles.

Dió algunas limosnas a los pobres que

beya y mal educada comenzó, como ha por costumbre cuando este momento es llegado, el estrépito de las carracas y los golpes en bancos y confesonarios.

El asediador rechazado no halló mejor medio de vengar el desvío de la esquila devota que asestarla tan furibunda bofetada, que dió con ella a sus pies.

El revuelo que se alzó subió muy por encima del escándalo de las Tinieblas.

Don Francisco no fué hombre para

más aguante, y asiendo de la capa al mal galán, le preguntó:

—¿Tenéis una espada en el cinto?

A que el otro respondió:

—Sí, tengo.

—Pues salíos fuera, que, como caballero y como cristiano, quiero pedir os cuenta de esta felonía—dijo Quevedo.

El otro no se hizo de pencias, como dicen, y siguió a su insigne retador...

En el mismo atrio tuvo lugar el encuentro.

Pocos asaltos fueron menester; acaso en la mitad del primero quedó todo hecho, para no deshacerse sino en el día del Juicio final.

La espada formidable del sagitario de los espejuelos se entró hasta la cruz en el corazón de aquel hombre.

Quevedo huyó luego, empujado por los que le conocieron, y en huir estuvo su

salvación, porque aquel indiscreto estaba muy bien emparentado en la corte, y sus deudos no pedían menos que la vida del matador.

De allí a pocos días salió para el vi-reinato de Nápoles, donde el gran duque de Osuna, que ya antes le había llamado sin ser respondido, le esperaba con los brazos abiertos...

Diego SAN JOSE

CANCIÓN INGENUA DEL DOMINGO DE RAMOS

¡Domingo de Ramos!
Mi primer alba de oro;
¡su primer vestido largo!

Domingo de Ramos.
Todo el pueblo huele a limpio,
todo a recién encalado.
Relucen los llamadores
y las cancelas. Los patios,
al sol primaveral ríen,
como la nata de blancos.
¡Domingo de Ramos!

Campanas madrugadoras
al alba me despertaron,
y mi primer pensamiento

fuiste tú, María Rosario...
Después, el templo... la misa
—casillas, incienso y cánticos—
y palmas de oro, que evocan
los caminos de Damasco.
¡Domingo de Ramos!

Huele a violetas la iglesia,
como tú, María Rosario;
y el incienso de las naves
tiene ese aroma de nardo
del agua donde te lavas
y peñas, María Rosario.
¡Y es que también yo tengo hoy
el corazón aromado!

¡Domingo de Ramos!
Al balcón, por vez primera
cuando yo llegue, turbado,
saldrás esta tarde para
que hablemos, María Rosario.
Ya habrá una palma bendita,
una palma con un lazo,
bajo la tarde de abril,
en tu balcón sevillano.
¡Domingo de Ramos!

¡Ay! Cuando la vida, un día,
nos haga purgar con llanto
este pecado divino
de soñar, María Rosario,

siempre que llegue un Domingo
de Ramos,
viviremos estas horas
y hemos de sentir, llorando,
tú, en tu pecho, abrirse flores,
yo, en mi alma, cantar pájaros...
¡Domingo de Ramos!

Al repicar las campanas,
yo diré todos los años:
—Ve, corazón, a la iglesia,
que hoy es Domingo de Ramos;
¡ve, corazón, a la iglesia,
por si allí la ves rezando!...

Miguel de CASTRO

LOS SIETE PUÑALES: POEMA BÍBLICO

I

La profecía de Simeón

Sobre Jerusalén tiende la tarde
su dorado crepúsculo de llamas;
en el templo, las tórtolas
con divina inquietud baten las alas...
Y el Santo Simeón dice a María,
alzando al Niño entre sus manos castas:
—He aquí que morir puedo, pues mis
[manos
al «Hijo del Señor» sienten y palpan;
porque en su faz se gozan
mis pupilas de anciano, fatigadas...
He aquí que ha de caer, para ruina
y salvación de muchos, su palabra
sobre toda Israel... Y en otro tiempo
la punta de una espada
«traspasará tu alma de ti misma»...
Y luego Simeón suspira y calla...
Ante tales augurios, se estremece
la Madre de Jesús, maravillada...
El sol sobre los mármoles estrella
sus gemas encendidas como ascuas,
y, sin saber por qué, llora María
con un fino puñal sobre su alma...
Sobre Jerusalén tiende la tarde
su dorado crepúsculo de llamas...

II

La huida a Egipto

Eran los prados verdes, en la noche,
como oscuros tapices de esmeralda...
El Ángel del Señor, aparecido
fué en sueños a José, de madrugada:
—Toma el Niño—ordenó—, y antes que
[apunten
las estrellas del alba,
huye con él y con su madre a Egipto
sobre los pardos lomos de tu asna...—
Dormían las veredas,
de pomposas higueras bordeadas.
Doloridas las almas en el pecho
y sangrantes los pies en las sandalias,
arrastrando el dolor de los que huyen,
cruza la caravana
por el blanco desierto, y las palmeras
al paso de Jesús abren sus palmas...
Bajo los frescos árboles, María

contra su corazón al Niño guarda,
y, con la paz de las estrellas, siente
el segundo puñal sobre su alma...
Eran los prados verdes, en la noche,
como oscuros tapices de esmeralda...

III

El niño perdido

Florecean los lirios
y era el dorado tiempo de la Pascua...
Brilló Jerusalén sobre las cumbres,
en el rojo collar de sus murallas,
bajo el cielo de púrpura, encendido
como el manto imperial de los tetrarcas...
Buscando al Niño Dios iba María,
tan infinitamente desolada,
como si hubiera el corazón perdido
y sintiera el vacío en las entrañas...
Y la Virgen a todos,
ancianos y doncellas, preguntaba...
Bajo los recios arcos, que lucían
a contraluz su prodigiosa heráldica,
en el fondo del templo,
Jesús entre los sabios se encontraba.
Caían en la tarde,
como luces en sombra, sus miradas...
«Era Jesús como de doce años»,
y la dulce razón de sus palabras
tenía el resplandor de las estrellas
y el tajante poder de las espadas...
Y llorando, María
siente el tercer puñal sobre su alma...
Florecean los lirios,
y era el dorado tiempo de la Pascua...

IV

La Cruz a cuestras

Abrían los almendros,
y era su flor azul de puro blanca;
las canteras tendían
la recia arquitectura de sus canchas,
y hacia el monte Calvario, con la túnica
de negro polvo y de sudor manchada,
la Cruz sobre los hombros,
Jesús el Nazareno caminaba...
Iba regando en sangre los caminos,
desgarradas sus plantas...

en el espino en flor de las veredas
y en los agudos filos de las landas.
¡Y las gotas de sangre
en rosas y en estrellas se trocaban!
Bajo la rubia barba nazarena,
ardorosos los labios como ascuas,
maravillosas cosas les decía
a las dulces mujeres que lloraban...
Y llorando, María
siente el cuarto puñal sobre su alma...
Abrían los almendros,
y era su flor azul de puro blanca...

V

La Crucifixión

Entre la espesa bruma, se dijera
que estaba la ciudad envuelta en gasas...
Era la hora de tercia, y en el Gólgota,
repitiendo sus ecos las montañas,
se rendía la tarde
con un chocar de clavos y de lanzas...
Sufriendo en el Madero, las pupilas
de profundas ojeras sombreadas,
coronadas las sienes con espinos,
el dulce Nazareno agonizaba...
Caían las tinieblas
sobre las roncadas turbas farisaicas;
del color de los lirios
se retorció el sol en lontananza,
y el rojo ocaso entre los montes era
como de oscura sangre coagulada...
Elevando a los cielos
todo el dolor de sus pupilas cárdenas,
—Padre mío, ¿por qué me abandonaste?—
el Cristo agonizante suspiraba...
Y llorando, María
siente el quinto puñal sobre su alma...
Entre la espesa bruma, se dijera
que estaba la ciudad envuelta en gasas...

VI

El descendimiento

Las primeras estrellas
lucían entre nubes como llamas...
Bajo la luz difusa del ocaso
la sombra de la Cruz se dibujaba,
con el Cristo yacente,
en el fondo del cielo recortada...

Segunda vez, desenclavando a Cristo,
suena un chocar de clavos y de lanzas...
Duerme después la tarde,
y en la dulce pureza de una sábana
descansa el cuerpo de Jesús, ungido
con drogas perfumadas,
con aceites balsámicos,
según costumbre y tradición judaica.
Y las dulces mujeres
de orillas del Jordán y de Samaria,
que desde Galilea
le siguieron por valles y montañas,
sin fuerzas ya para llorar, gemían
al lado de Jesús arrodilladas...
Y llorando, María
siente el sexto puñal sobre su alma...
Las primeras estrellas
lucían entre nubes como llamas...

VII

¡Soledad!

Lluevan hojas de lirio en las supremas
noches en soledad de las montañas;
la soledad del río
hojas de lirio traiga;
y en todo lo que sufra y lo que goce,
en todo lo que muera y lo que nazca,
caigan de soledad y de martirio
las hojas de los lirios deshojadas...
Junto al helado mármol del sepulcro,
el séptimo puñal sobre su alma,
yerta en su soledad y en su tristeza,
la Madre de Jesús está sentada...
Ya no siente cansancio
ni sus divinos ojos vierten lágrimas,
que si es grande el dolor cuando se llora,
¿cómo será, Señor, cuando se calla...
Por la Madre de Cristo,
desde esta hora milagrosa y blanca,
la dulce soledad será bendita
y la pena será santificada...
Sobre los que estén solos y estén tristes,
hojas de lirio caigan;
sobre las siete espinas de María
lluevan hojas de lirio deshojadas...
Y por los siglos de los siglos sean
esos siete puñales en mi alma.
Amén.

Pedro IGLESIAS CABALLERO

DE QUÉ MAL MURIÓ CRISTO

La investigación moderna, mucho más sensata, escrutadora y razonable que la antigua, ha hecho interesantísimos estudios acerca de esta cuestión, en la que nuestros predecesores nunca se atrevieron a poner las manos, temerosos, sin duda, de que ello fuese terrible materia heterodoxa y grave motivo de excomunión y castigo eterno. Afortunadamente, esos pueriles escrúpulos se van desvaneciendo, y hoy se puede ya abordar tan arduo asunto, sin miedo a caer dentro de los anatemas consiguientes a los grandes delitos de escándalo religioso.

Negar que Jesucristo murió crucificado, sería tanto como negar una verdad histórica unánimemente asegurada; pero decir que murió a causa sólo de la crucifixión, equivaldría a pensar en contra de la lógica, que, naturalmente, no puede estar en desacuerdo con la fe.

El doctor alemán Gottlob Richter, que fué uno de los primeros en estudiar el tema, afirma que Jesús debió de morir a consecuencia del retorno anormal de la sangre hacia el corazón, efecto de su posición violenta en la cruz y de la presión de las vísceras centrales y de las congestiones compensadoras. El médico edimburgués Dipson asegura que la muerte del divino Maestro fué producida por la rotura del corazón. Opiniones son ambas muy respetables, pero que no tienen otro valor científico que el de la verosimilitud, el de la posibilidad, deducida del examen de los supremos momentos suplicatorios que el Rabí padeció y de su extinción súbita, fulminante. Estudiando mayores antecedentes, se verá con más claridad.

Jesucristo no era un hombre vigoroso; antes por el contrario, más bien débil, y si no enfermizo, enfermizado por los sufrimientos físicos y por las privaciones, de nada de lo cual quiso librarse en su paso por el mundo. Ningún texto evangélico nos lo describe fuerte, robusto, fornido. Ninguna tradición—ni aun las contenidas en el doble Talmud, ni siquiera las tendenciosas de la Mishná—lo transmiten en forma corpulenta y varonil. Ningún artista ha incurrido tampoco en la vulgaridad de pintarlo lleno de energías carnales. Todos, comentaristas o cronistas, coinciden en que su superioridad radicaba en el espíritu, como corresponde a los verdaderos, a los privilegiados, a los elegidos; como correspondía a su célica personalidad.

Pues bien, aquella noche memorable—la Pascua de los Azimos, hoy Jueves San-

to,—Jesús cenó con sus discípulos, durante la primera vigilia, en el tabernáculo del Monte Sión. Su cena fué parca. No se sentía bien, porque la conciencia de su próximo sacrificio y de la traición judaica—ya consumada—le había postrado notablemente, y sólo mediante un gran esfuerzo de su poderosa voluntad

Cristo estuvo, pues, durante toda una noche yendo de un lado a otro: de la casa de Anás a la de Caifás; del palacio de Herodes al de Pilato; vestido unas veces con irrisorios pingajos de púrpura, que apenas le cubrían las carnes; otras, con los repugnantes harapos del lino vesánico, y otras completamente desnudo, co-

to, dolorosísima, no pudo tampoco causar la muerte. Su tránsito desde el palacio del pretor hasta el Gólgota—una milla próximamente, o sea doscientos pasos hasta el actual arco del Ecce Homo, quinientos a las casas de Lázaro el Pobre y Nabal el Rico avariento (los protagonistas de la célebre parábola), trescientos a la casa de Verónica, cien a la puerta Judicial y ochocientos al Calvario—no pudo extenuarle total y absolutamente ni aun contando con lo excesivo del peso de la cruz, con las tres lamentabilísimas caídas y con las cuatro simultáneas y terribles emociones de los encuentros con las mujeres santas del poema. Y, por último, su crucifixión, por sí, tampoco pudo ocasionarle la muerte, puesto que los clavos sólo le atravesaron manos y pies.

¿De qué murió, pues, Jesucristo? Es hoy una opinión muy extendida que murió de pleuresía. Así—según mis noticias—lo ha expuesto y razonado el doctor Royo Villanova, y así estoy seguro que lo ha dicho el doctor Díez y Fernández, médico de Arcos de la Llana (Burgos). Hay también quien sostiene que el Salvador era tuberculoso, y otros que era nefrítico. Dictámenes son estos últimos que se me antojan tendenciosos e impíos. En cambio, el primero me parece muy verosímil. En efecto, el frío punzante y agudo de la noche trágica pudo producir la pleuresía. Los sufrimientos morales y las caídas, golpes, traumatismos sobre el tórax y la fatiga material del Vía Crucis pudieron acentuarla, y agudizarla la crucifixión, en la que el Mártir quedó completamente desnudo. Lo demuestra el hecho de que Jesucristo apareciese extenuado, tuviera tos, disnea, sudores copiosos, angustias terribles; estuviese lívido, cianótico, amoratado. Lo refrenda la circunstancia de que cuando el centurión Longinos le infirió la lanzada de gracia, del augusto costado brotase, mezclado con la sangre, un líquido que pudo ser claro como el sue-

ro de ésta, en el caso de que se tratase de una pleuresía a frigore, o purulento, en el caso de que la pleuresía fuese antigua; como afirman, con menos fundamento, los que sostienen que Cristo era tuberculoso. Y viene a confirmarlo, por último, el grito mortal del Salvador; aquel grito único, que, como dice Armando Trousseau, sobreviene repentina e inevitablemente cuando una persona fallece a consecuencia de un derrame excesivo, producido, ya por colapso cardíaco, ya por anemia intensa y súbita del cerebro.

Marciano ZURITA

JOYAS DE LA PINTURA RELIGIOSA



CAMINO DEL CALVARIO.—CUADRO DEL GRECO

(Colección Lázaro Galdiano.)

pudo participar, por dar ejemplo, del augusto banquete eucarístico. Salió de allí y dirigióse a la gruta de Getsemaní, donde la oración íntima, cordial y abnegada quebrantó dolorosamente su cuerpo, debilitándolo de un modo terrible; y terminada aquella oración—cruenta, según los cuatro cronistas evangélicos—, inicióse su suplicio material en el prendimiento, siguió en las flagelaciones, continuó, ya de mañana, en el horrendo curso de la Vía Dolorosa, para terminar, a las tres de la tarde, sobre la pelada cumbre del Gólgota.

mo cuando la bárbara complacencia del gobernador le exhibió ante las turbas; a ratos en los gélidos patios pontificales, y a ratos en las húmedas mazmorras del pretorio... La noche era intensamente fría. Lo dicen así los Evangelios. Los peregrinos habían tenido que encender hogueras en las calles de Jerusalén para combatir la baja temperatura reinante.

La flagelación no pudo herir, indudablemente, ningún órgano esencial de Jesús. La corona de espinas, aun estando hecha de nabka, como dice el naturalista sueco Hasselquist, y siendo, por tan-

EL ESPECTRO DE SÍ MISMO

Si algo novelesco pudiera tener la trivial estampa de aquel hombre, sin duda era que no tenía nada novelesco.

Mas desde que se dió tan desafortunadamente a libar, hasta el extremo de embriagarse todos los días, comenzó a ser interesante. Necesitó prostituirse para que se fijaran en él. Nadie sabía cuándo empezó a beber don Lino Bermúdez, ni por qué bebía, trastornando sus anteriores hábitos y obligaciones; nadie sabía más sino que todos los días se hallaba, invariablemente, beodo.

¡Y cómo bebía! Demandaba el vaso a media voz, como quien procura algo prohibido; contemplábalo larga y profundamente; lo tomaba a la altura de sus ojos graves; olfalo como una rosa; dejábalo reposar, y, al fin, lo aplicaba a sus labios resacos y lo apuraba, mirándolo hasta que desaparecía... Consagraba a este acto la importancia y la solemnidad de un rito, esa peculiar, ceremoniosa complacencia de muchos bebedores, que es como reminiscencia báquica, sagrada.

Si don Lino, alguna rara vez, daba señales de no haber trasegado cual de costumbre, juzgábanle un señor serio, fosco, antipático; pero en el estado normal, como él decía, en el estado lúcido que le proporcionaba el vino, se transfiguraba totalmente: se tornaba alegre, optimista, ingenioso, bueno y sociable.

El añejo le remozaba, le infundía otro ser, librándole de aquel fiero humor de cuando no bebía; que se privaba de beber pocas veces, porque ya el vino érale como emponzoñada medicina por la que sentía morbosa necesidad de curarse.

Decían que la desgracia se cebó en él implacablemente. No tenía familia; en pocos años habían ido desapareciendo su esposa y sus más afectos parientes, y don Lino quedó solo en el mundo, arruinado y sin orientación, triste y misántropo inquilino de un cuarto barato, que le cuidaba la portera, y al que iba, no todas las noches, a dormir.

Unas veces, cuando había satisfecho la que él llamaba su única sed, divagaba solo, entregado a un bamboleante enredo de ideas, que le hacían eses en el cerebro, a una zarabanda disparatada de impresiones absurdas: rojo, todo el mundo rojo..., naipes y luces, y esa gran botella de agua que resplandece sobre la cabeza tronchada de ese parroquiano, que duerme con las dos piernas al revés..., y esas dos lámparas, dos, cuatro, seis, veinte, que van a estrellarse contra todas las parejas de objetos de estas dos tabernas...

Locura furiosa del alcohol, que multiplica las cosas, o que se divide a sí misma para romperlo todo... Desbarajuste sísmico que nos aísla impunes en el vértice...; naufragio del mundo, como de un barco, donde nos hemos mareado, mientras el pasaje baila en la cubierta... Don Lino, otras veces, rechazado por su soledad, se reunía con otros infelices, e iba, jovialmente, adonde querían llevarle camaradas extraños de libación, desconocidos íntimos, improvisados amigos de unas horas de efusiones alucinadas; y don Lino era el más alegre y el más trasegador. Bebía el vino y lo desagraviaba con interesados y anacreónticos elogios.

—A ver, muchacho: de la cuba La Chica. Tabernero: me voy a beber tu taberna. Tu cuba La Chica «hace hablar a los labios de los viejos»... ¿Quién dice que no debemos beber, que el vino es malo?... Envidia de los Licurgos que no beben. El vino es malo... cuando es malo... Celebraba el mosto como un tragio,

con humorísticos discursos incoherentes; aquel hombre moral y ecuaníme había caído en la abyección; aquel hombre culto alternaba con remendones y demandas, gentes humildes, que también buscaban algo en el vino.

Los pobres tienen también su vino, que les sonríe desde los toscos vasos. Y el licor milagroso que da la alegría, el olvido, la insensibilidad, para neutralizar la pesadumbre, cóbrase después, con insuperables amargores, la efímera vida que nos presta. En la teogonía de Cartago hay un dios, un Baco cruel, que da las rojas gotas de su mosto sólo a cambio de las gotas tibias de sangre de los bebedores; un dios enemigo de la alegría del mundo, que devora a los que van a sacrificarle...; terrible ídolo del Alcohol,



cuyo culto aún hoy llena todos sus templos.

Don Lino, ansioso, como el vate bebedor de Teos, de perder la razón, puesto que la perdieran los dioses, y puesto que más vale yacer tendido en tierra, domado por la embriaguez, que por la muerte, bebía y desvariaba con avidez ciega, de vinómano.

Se sentía ya viejo, pero alegre; alegre de vino, el cual es «delicia de los viejos», y solía sentenciar:

—El vino es más alegre cuanto tiene más años...

Pero el gozo del insistente catador era un falso gozo; era como el alivio pasajero de un incurable. Cuando intentaba alguien disuadirle de su vicio, él replicaba, sordamente:

—Peor que beber es soportarse a sí mismo...

[Soportarse a sí mismo!]

De tal modo llegaban a influir las incorregibles libaciones, que uno era el don Lino ponderado, chispeante, cortés, y otro el don Lino de cuando no empinaba el codo: un ente que se proyectaba de la persona como un espectro.

Espectro obsesionante, que un día surgió realmente ante él, apartado y rebelde...

Como él no bebiera, surgía el espectro; caía don Lino en postración inaguantable, situación de realidad abrumadora, de terrible evidencia; desde luego, era cuando se daba cuenta fría de sus dolores y de su soledad. Y para huir del otro, para hurtarse del enfadoso fantasma,

—A ver qué pasa... Tabernero: me voy a beber tu taberna... y el mundo va a dar hoy más tumbos que un tonel...

Interrumpía por instantes sus palabras y, vuelto taciturno, daba muestras como de desconfiar, instintivamente, parecido a esos locos pacíficos que padecen manía persecutoria y ven en cada transeunte al criminal que les amarga; y, todavía en su tranquilo hogar de la taberna, nuestro pobre hombre miraba de soslayo, con sombrío recelo, como temiendo a alguien... ¡Ah! Mientras él bebía, el otro se quedaba a la puerta; se quedaba gruñendo, sin que se atreviese el beodo a tornar la cara y mirarle, avergonzado y sobrecogido... Al rato, el enojado se iba, y entonces don Lino sonreíase con despecho y murmuraba sus entrecortados soliloquios...

Diríase también que alguna vez le afrontaba el otro en la calle y con agria voz le recriminaba téticamente, y volvía don Lino a cobijarse en otra tasca y a beber, desatinado, hasta que el siniestro espectro se marchaba, sonándole los pasos...

Muchas personas se conmisericordaban de don Lino, y, sin duda, por comprensivo impulso, le invitaban a que bebiera, e intencionadamente le daban dinero para su triste vicio. No hacían mal: aquel vino era una verdadera limosna delicada con que, positivamente, aliviarle de sus interiores agobios y con que ayudarlo eficazmente a que huyera y se defendiera de sí mismo...

Pero no podía defenderse... Cierta día fué atropellado y derribado por el ofensivo pencho de un simón al atravesar el beodo una calle; se reunió gente, alzaronle del suelo; él, entre las discusiones y protestas, cuando pudo tenerse, no hacía más que decir:

—Me han empujado contra el caballo... me han empujado...

En la Casa de Socorro próxima le curaron con amoníaco, y él dió su nombre Anacreonte... No le pudieron sacar los apellidos. El curdáneo se limitaba a exclamar, incesantemente:

—Es que me han empujado... Me han empujado alguien... Costó en el registro el nombre, un poco extraño, de Anacreonte, y el jaco pastueño siguió su ofensiva marcha.

Este accidente, sin importancia ninguna, fué, indudablemente, sintomático.

Una mañana, después de varios días en que se vió don Lino tan desprovisto que no pudo beber, falto de todos los recursos y desahuciado en las numerosas tiendas de vinos que solía frecuentar y donde le fiaban un tiempo, apareció muerto, ensangrentado, en su cuarto misero...

El suceso dió un poco que hablar. Se sabía positivamente que aquel no haber coincidió con su muerte trágica; pudo averiguarse que no había perecido precisamente por los frenéticos efectos de su mal hábito. Le hallaron tendido de través en el desordenado camastro; la sangre le manaba del cuello y le empapaba las miserables ropas.

¿Fué un suicidio?...

En el barrio se sospechó un suicidio; tal lo creyó el Juzgado y lo publicaron los periódicos.

Mas, no; de ninguna manera fué suicidio. Don Lino era incapaz de nada malo; incapaz de matarse. Le había matado... el otro...

Porque él era bueno, alegre, afable...

El otro, en cambio, era huraño, cruel, insoportable, asesino...

José BRUNO

PAMPLIN Y SUS GUANTES



Un buen día, Pamplín se enteró de que un tío suyo a quien no conocía había muerto, dejándole toda su fortuna; ésta se componía única y exclusivamente de un viejo baúl mundo. A juzgar por su leve peso, el tal baúl debía contener principalmente aire en abundancia.

Como al baúl acompañaba su llave, Pamplín se apresuró a abrirle; al pronto creyó que estaba vacío, luego tuvo un sobresalto de alegría; en el fondo había algo: era un par de guantes blancos.

Bueno; al decir blancos, quizá exagera un poco; blancos... habían sido, indudablemente; pero a la sazón el uso los había puesto negros, el tiempo los había vuelto amarillos, la humedad los había verdicido y el polvo los había cubierto con densa capa gris; no obstante, no dejaban de ser un par de guantes blancos.

Pamplín no era muy difícil de contentar, y se alegró mucho por aquel hallazgo; además, sintió el presentimiento de que aquellos guantes debían de estar encantados, y se los puso con la certeza de que iría a ocurrirle algo maravilloso.

En realidad, no le ocurrió nada; pero se encontró tan majo y tan elegante con sus guantes blancos, que comprendió que aquella era una ocasión única para realizar algún acto importante: por ejemplo, casarse. Y como no tenía novia, resolvió ir a pedir la mano de alguna dama, para lo cual se puso en camino, estirando desmesuradamente sus dedos enguantados.

La primera persona que encontró en la carretera fué una buena mujer, que iba montada en un burro.

—Señora—dijo Pamplín, inclinándose y colocándose una de sus enfundadas manos sobre el corazón—, tengo el gusto de pedirle la mano de su hija.

La mujer se echó a reír de tal modo, que estuvo a punto de caerse del burro.

—¡Llegas tarde, amigo!—exclamó—. Mi hija lleva más de treinta años casada, y tiene una hija, madre ya de media docena de chicos.

Pamplín se alejó muy digno, y a poco se encontró con un buen hombre, que iba cantando al lado de sus mulas. Pamplín se quitó el sombrero, un magnífico sombrero de copa, herencia de su bisabuelo, que hacía juego con sus guantes, y dijo:

—Caballero, le ruego me conceda la mano de su hija.

El otro le dió en la espalda una palmada cariñosa, capaz de reventar a un buey.

—¡Mal enterado estás, compañero! No tengo ninguna hija, sino siete hijos, todos buenos mozos, honrados y trabajadores.

—Usted perdón—dijo Pamplín.

Se alejó, y se tropezó a los pocos pasos con una mujerona, que llevaba una cesta al brazo; le hizo su petición acostumbrada, y la mujer se echó a reír:

—¡Mucha prisa te das!—exclamó—. Mi hija no ha cumplido todavía los diez meses; pero, en fin, si quieres esperar tan sólo quince o veinte años...

La cuarta persona que se encontró nuestro héroe fué una viejecilla, que tampoco pudo concederle la mano de hija alguna, pues, según le manifestó, se había quedado soltera, con lo cual le iba muy requetebién.

Ya se hallaba el pobre Pamplín bastante aburrido, cansado y descorazonado, cuando vió llegar hacia él a un noble señor, envuelto en soberbia capa de raso bordado en oro y plata. Pamplín

se plantó ante él y le pidió la mano de su hija.

El otro le miró atónito y lanzó un grito de alegría:

—¡Amigo mío, Dios te pague el buen deseo! ¿Quieres casarte con mi hija Melindrosina? ¡Tuya es, hombre! Te la doy con mil amores.

El rey—porque aquel señor era nada menos que el rey—se llevó a Pamplín a Palacio y llamó a la princesa Melindrosina.

—Hija mía—le dijo—, he aquí un hombre que te conoce tan poco, que quiere casarse contigo.

Melindrosina miró a Pamplín, examinó el sombrero del bisabuelo y los guantes del tío, y declaró, haciendo melindres y con una sonrisa burlona:

—Supongo que este caballero estará al tanto de las condiciones que debe llenar todo aquel que aspire a mi blanca mano.



—Vengan esas condiciones—declaró Pamplín con firmeza.

—Antes de que pase un año, habrás de presentarme los dientes de un ruiseñor, las escamas de un león y la pluma de un pez.

Dicho esto, Melindrosina hizo una reverencia irónica y se alejó corriendo y riendo a más no poder. El rey se había quedado aterrado.

—¿Tú has oído esto, amigo Pamplín?—preguntó el pobre monarca—. Mi hija está loca de atar; pide tres imposibles; con tantos melindres, Melindrosina lleva camino de quedarse para vestir imágenes.

—No se apure Vuestra Majestad—contestó Pamplín—; yo traeré a la princesa lo que pide y me casaré con ella.

—¡Eres mi nombre!—exclamó el rey, estrechándole un guante.

Pamplín, que era un «as» en matemáticas, echó la cuenta de que siendo tres las maravillas que habría de encontrar, y disponiendo en conjunto de un año de plazo, le tocaba a razón de cuatro meses para encontrar cada cosa.

Hecho este cálculo complicado, se proveyó de unos cuantos sacos llenos de cañamones y se marchó a una selva próxima en busca del pájaro con dientes.

Esparció por el suelo un puñado de granos, y al punto se vió rodeado de pajarillos, que se acercaban tímidamente, picoteaban los granos, mirándole de reojo, como si hubieran temido alguna traición por su parte, y cantaban luego «¡Pío, pío!», como pidiendo más.

A Pamplín todo se le volvía mirar los piquitos abiertos; pero en ninguno de ellos apuntaba siquiera el más menudito diente.

de amigo supo cantar como los ruiseñores, arrullar como las palomas, silbar como los mirlos; aquel día fué el mismo en que agotó su provisión de cañamones y el mismo también en que terminaba el cuarto mes de su estancia en la selva.

Pamplín se despidió de sus alados amiguitos, a quienes perdonó generosamente el no tener dientes, y después de proveerse de una enorme cantidad de carne cruda, se fué a un desierto que, por feliz casualidad, había cerca de allí.

No tardó en oír un rugido espantoso; la sangre se le heló en las venas cuando vió acercarse a un león formidable, con la boca más abierta que cualquier buzón de correos. Rápidamente, Pamplín se subió a un árbol, y desde allí arrojó un trozo de carne a la fiera, que se alejó, devorándola, sin manifestar mayores exigencias.

A poco de bajarse de su refugio, Pamplín vió venir una hiena, luego una pantera, luego un tigre; ¡qué sé yo! Las primeras veces no le llegaba la camisa al cuerpo, y le faltaba tiempo al pobre para subir a una palmera; luego, con la preocupación de examinar a las fieras, se fué acostumbrando un poco y tomando confianza; pero, ¡ay!, los leones lucían espléndidas guejadas; los tigres, simétricas listas; las panteras, artísticas pintas; pero ninguno tenía escamas.

Llegó el día en que nuestro héroe volvió a acercarse a las fieras, como hubiera visto acercarse a algún perrito faldero, y les arrojaba los trozos de carne cruda con la misma serenidad con que hubiera echado miguitas de pan a los pollos del corral; aquel día fué el mismo en que agotó sus provisiones de carne y el mismo también que concluía el octavo mes de sus pesquisas.

Se fué a una ciudad vecina, llenó unos cuantos tarritos con cebo de lombrices, pan, moscas, trigo, etc., etc., y fué a instalarse al borde de un río.

¡La de peces que acudieron al primer puñado de cebo que arrojó al agua! Y todos, carpas y bremas, fencas y pecillos coloraditos, se empujaban para comer el cebo y se quedaban mirando a su proveedor de subsistencias con sus ojos redondos, como pidiendo más de aquel raro festín.

Pamplín también los miraba y con ahínco. Pero era en vano; los había plateados, o dorados, o colorados o nacarados; pero todos, todos lucían escamas; ni uno solo tenía plumas.

Los primeros días de su existencia al borde del río, Pamplín se aburría sobremanera; era algo parlanchín de por sí, y sufría de no poder comunicarse con sus nuevos compañeros; y lo peor es que no había medio de aprender su idioma, puesto que los peces no tienen idioma alguno, no sé si porque son mudos o porque son tontos.

Poco a poco, Pamplín se acostumbró al silencio; hasta llegó a parecerle que, sin palabras, los peces y él se entendían perfectamente; y llegó el día en que hizo dos descubrimientos simultáneos, frutos de su experiencia: el primer descubrimiento fué que en boca cerrada no entran moscas; el segundo fué que si la palabra es de plata, el silencio es de oro. Aquel día, los tarritos de cebo estaban vacíos, y faltaban cuarenta y ocho horas escasas para que terminara el año fatal.

Pamplín se despidió de sus mudos amigos con un amable signo de su enguantada mano, y aunque no hubiese hallado ni pájaro con dientes, ni león con escamas ni pez con plumas, regresó muy tranquilo a la capital del reino y se en-

camino hacia el palacio de la princesa Melindrosina.

Aquella noche, la princesa se hallaba tomando el fresco acodada a su ventana, cuando sonaron en la oscuridad los trinos melodiosos de un ruiseñor cercano.

—¡Qué bien canta ese ruiseñor!— murmuró la princesa, que escuchaba extasiada.

Y, en la oscuridad, alargó la mano para acariciar al pájaro, que debía de hallarse encaramado en algún saliente del muro; pero lanzó un grito de dolor: el delicioso cantor acababa de morder cruelmente su mano de azucena, y, mientras la dama se desmayaba, Pamplín—pues no otro que él era el pájaro melodioso—desaparecía en la espesura del bosque.

Al día siguiente, el pánico y la desolación reinaban en la capital; un príncipe extranjero había desafiado en combate singular al rey y sus cortesanos; tal era su fama de invencible, que nadie se atrevía a medirse con él; acudía para desposar al rey de su reino, ya que no había quien se lo disputara.

En la plaza pública era enorme el gentío; en medio de la plaza, el terrible extranjero, solo, fieramente erguido sobre un brioso corcel negro, con una espada magnífica al cinto y cubierto por soberbia armadura de hía to y casco empenachado, esperaba al adversario, que no se presentaba.

De pronto, el genio se apartó, y vióse aparecer a un hombre, montado en un burro; llevaba a guisa de casco un gorro de algodón, que le cubría la cara, con dos agujeros para los ojos, y a guisa de espada, un sencillo palo.

Se quitó uno de los guantes blancos que enfundaban sus manos y se puso el guantelete de hierro, arrojado en señal de desafío por el extranjero; en seguida el combate empezó.

El príncipe consideraba con desdén a su misero adversario, cuando un garrotazo bien asestado le abolló la armadura; furioso, se precipitó con la espada en alto, cuando otro golpe le quitó el casco y, sin darle lugar a reponerse, un tercero le desmontó, haciéndole rodar por el polvo.

Entonces, en medio de los vítores y las aclamaciones de la multitud, el vencedor se apeó de su burro y, poniendo la rodilla en tierra ante Melindrosina, le ofreció el guantelete de hierro.

—¡Eres valiente! ¡Eres un verdadero león!—exclamó la princesa, entusiasmada—. ¿Quién eres? ¡Dime tu nombre!

Pero él volvió a subir sobre su burro, y se alejó sin contestar.

Por la tarde de aquel día memorable, cuando más grande era la animación y el regocijo en la ciudad, libertada de tan magno peligro, un brujo, mago o adivino, que llevaba un alto gorro de terciopelo rojo y enormes gafas ahumadas, fué a colocarse en la plaza pública, prediciendo el porvenir a cuantos se le acercaban.

La princesa Melindrosina, que pasaba por allí, sintió picada su curiosidad; se apeó de su carroza de cristal y se acercó al mago.

—Quisiera saber cuál será mi destino—dijo.

El brujo la miró y no contestó. Ni ruegos, ni amenazas lograron sacarle de su mutismo.

—¿Estás mudo?—exclamó por fin la princesa, exasperada—. ¡Pareces un pez!

Entonces el mago cogió una pluma y escribió estas palabras:

«Princesa, te casarás con Pamplín.»

—¡Lo dudo!—exclamó Melindrosina, riendo—. Escucha: la hora suena, ¡tan!, ¡tan!, ¡tan!, y esta hora es la última del año de plazo fijado por mí para su regreso.

Y al dar la última campanada, ¡tan!, el mago se quitó su gorro y sus gafas, y dijo:

—Princesa, yo soy Pamplín.

Cogió la mano de la dama, atónita, y prosiguió:

—Esta mordedura que mancha tu piel de nieve, es la de un ruiseñor que, por lo visto, tenía dientes. El guantelete que llevas al tallo está cubierto de escamas de acero: son las del león que esta mañana se batió para salvar tu reino. Y la pluma que acaba de escribir estas palabras, es la del pez mudo que se negó a contestarte.

¿Para qué decir que se casaron? Afór-

funadamente, Pamplín logró domar a la caprichosa y altiva princesa, que se volvió la más sumisa y cariñosa de las esposas, sin lo cual no hubieran sido felices.

Todavía hoy conserva el rey Pamplín los famosos guantes blancos, a los que él achaca toda su fortuna; los tiene a la disposición de quien quiera emprender grandes aventuras.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI

EL DIAGNÓSTICO

CUANDO yo estudiaba clínica médica, no sé cómo se las componía el catequético en propiedad, que la mayor parte del curso explicaba la asignatura el profesor auxiliar.

Unas veces, que se había ido a un congreso científico internacional; otras, a dar conferencias en la Patagonia; otras, con una comisión del Gobierno, y así.

Aquel señor, que era un sabio oficial, sus primeros deberes oficiales no los cumplía más que de paso. Por cierto que de entonces acá, y ya ha llovido, si la ciencia ha variado, no deja de haber sabios consecuentes en los congresos, las conferencias y las comisiones.

En cambio, el auxiliar, a quien llamábamos el doctor Diagnóstico, no parecía sino haber nacido para auxiliar a todo el mundo. Lo mismo interinaba una clase que otra, desde la Anatomía a la Medicina legal. Ni siquiera el hombre tenía tiempo de aprender lo que le obligaban a enseñarnos.

Su monomanía, cuando nos tocaba a nosotros en la clínica del hospital, era el diagnóstico, y de ahí el mote que le pusimos.

—La piedra fundamental de la Medicina práctica—nos decía—es el diagnóstico; esto es, averiguar la enfermedad. Verdad es—añadía, ampliándose—que otra piedra más fundamental, como si dijésemos, es la curación. Pero si no conocemos la enfermedad, ¿cómo vamos a buscar el remedio?

Ocurrió, pues, que un buen día este pético, fundamentalmente pético profesor, obtuvo un gran triunfo en su especialidad diagnosticante.

Ello fué que al pasar la visita nos encontramos con un *entrado* aquella mañana, que ofrecía a la diagnosis diferencial un caso dudoso.

El enfermo presentaba una gran tumefacción en el pecho, y después de examinado minuciosamente, sin dar con la causa, el doctor Diagnóstico, como asaltado de pronto por una idea luminosa y genial, preguntó al paciente:

—¿Usted es músico? ¿Toca usted algún instrumento de viento?

Contestó el preguntado que no era músico, sino modesto oficinista; pero que tocar, sí tocaba un instrumento de viento, y que este instrumento...

Nuestro ilustre maestro le atajó la palabra, prorrumpiendo en un discurso de entusiasmo:

—¿Lo ven ustedes? Ya está. Esto es sencillamente un enfisema pulmonar, que, como ustedes no ignoran, consiste en la infiltración del aire en los tejidos circundantes de la caja torácica. No hay nada peor para los pulmones que el ejercicio de los instrumentos de viento. Al esfuerzo del pulmón, parcialmente desgastado a veces, el aire invade la pleura y llega a estancarse en las células subcutáneas, formándose el extenso tumor que aquí vemos.

Todos aprobamos, asombrados. ¿Había, en efecto, acertado alguna vez el doctor Diagnóstico?

Yo, por curiosidad, pregunté al enfermo cuál era el instrumento de viento que tocaba. ¿Acaso el cornetín?

—No, señor—me replicó—; y ya lo iba a decir antes. Lo que yo toco es el acordeón.

GIL IMON

Gabriel ALOMAR

IMPRESIONES DE UN LECTOR

tica y estética de los sexos

EN la copiosa producción de Cansinos Assens este libro señala el mayor esfuerzo del estilo. He aquí su mérito principal: haber sabido *estilizar* noblemente el más peligroso de los temas, el del amor físico.

El amor, tema poético por excelencia, puede recorrer toda la escala de los valores expresivos. Desde su transfiguración divina hasta las más soeces y viles torpezas léxicas. De tal manera está vinculado a nuestra vida, que puede exaltar, por la poesía, nuestra parte de dioses, o rebajar, por complacencia morbosa, nuestra parte de bestias. ¿Por qué abominable obsesión la propia sentimentalidad amorosa que impulsa hacia los lirismos más altos incita a la grafomanía salaz sobre los muros de la calle, o se convierte en inmundicia turpiloquia? Acaso el mismo afán prohibitivo y abstinentista de los moralistas ha producido el contragolpe de tales degradaciones, a la manera que la contención religiosa

de la Edad Media produjo la misa negra de los aquelarres.

Ese libro de Cansinos es una poetización filosófica del amor carnal. ¿Cómo podría yo describirlos ese género de poesía que el autor ha infundido en el eterno tema, como sahumario de un turibulo de antiguo templo erótico? La palabra lirismo sería impropia, porque Cansinos no ha improvisado una estrofa más en la oda sempiterna, sino que ha oficiado, como un sacerdote, sobre el ara de las divinidades caídas, y ha descifrado el sentido oculto del amor como rito inconsciente, resucitando sus viejos símbolos. Ha sido, pues, un «trágico», en el sentido primitivo, un creador de «misterios», para dar forma litúrgica a la pasión que comunica a los hombres la inmortalidad, transmitiendo la antorcha de la vida y haciendo persistir la especie. Hay cierto inevitable esoterismo en todo el libro, porque se dirige a una selección de lectores, y supone una cultura previa para

alcanzar toda la intención del autor. El amor recobra en esas páginas su pleno valor de mito.

Destácase, como sentido capital de esa estética, el concepto de que el amor es una anulación momentánea de cada sexo para lograr la imposible reducción a su unidad; para llegar a suprimir el fatal dualismo. Páginas de alto esfuerzo elocutivo ha consagrado Cansinos a esa bella paradoja, a la cual cree debidas las personificaciones infantiles o sexuales de los amorcillos, o del propio Cupido. Igualmente dignos de nota son los párrafos referentes al concepto sacrificial del desposorio, bien visible en el emblema de los atavíos que viste la desposada.

El estilo fluctúa siempre en una línea media entre el simbolismo oriental y el antropomorfismo de la mitología clásica. En esa ambigüedad radica su mayor encanto. ¿No fué también esa unión de elementos el origen de las escuelas místicas, como la de Eleusis, donde nació luego la tragedia? ¿No fué también una fecundación análoga la que renovó las escuelas griegas en la época alejandrina? Ese es el espíritu que ha dictado a Rafael Cansinos su libro. Reducción de las formas lindantes con la obscenidad a las exquisiteces del *sermo nobilis*, y sobre todo a una riqueza inagotable de imágenes y metáforas, como quien construye simulacros para un culto.

Quiero destacar también el pasaje relativo a la depuración espiritual del sentido de amor aportada por el Evangelio; la divina metamorfosis del sexo en corazón. En esa ambigua simbolización (algo análoga, para mí, a la *Estrella flami-gera* de las logias, heredada de los gnósticos), en esa especie de evolución de larva en crisálida y en mariposa, hay una fuente de sugerencias que nos alumbraría mejor en el ambiguo tránsito que va desde la Mística al erotismo, y desde el afán de espiritualización absoluta a la caída en la aberración. Si tuviésemos que hacer la crítica de ese libro mediante notas marginales, nuestro comentario sería inagotable. Bástenos decir que pasa sobre sus páginas, por momentos, la ráfaga indescriptible que hace del amor una divina fatalidad.

Como precedentes a ese estilo, sólo recuerdo a D'Annunzio; en él hemos visto también ese enlace entre la inspiración y la cultura, elevando a fantasía las más abstrusas sutilezas de la elucubración.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Apartado 502.—Madrid.

Novedades de marzo.

	Pesetas.
JOSE FRANCES:	
Miedo (novela, segunda edición)...	5
HERNANDEZ CATA:	
Una mala mujer (novela).....	5
El placer de sufrir (segunda edición).	5
EL CABALLERO AUDAZ:	
Con el pie en el corazón (novela).	5
Lo que sé por mí (primera serie, cuarta edición).....	5
FERNANDEZ PINERO:	
Memorias del legionario Ferragut.	3
GUIDO DA VERONA:	
La mujer que inventó el amor (novela)	5
MANUEL MACHADO:	
Ars moriendi (poesías).....	3,50

Novelas de aventuras.

MAYNE REID:	
La cazadora salvaje	3
Pídase el catálogo general.	
Venta: Librerías, estaciones y Yagués, Caballero de Gracia, 28.—Envíos a reembolso.	

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar. Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.-Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid
Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pidanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20.—MADRID

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MANTONES DE MANILA.
SAN BERNARDO, 1.

ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos. La Casa más surtida en colores
FLORENTINO PEREZ (S. en O.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

TELÉGRAFOS--POLICIA

Clases especiales en grupos de seis alumnos. Se abre el curso el día 1.º de Abril. Solicite un Reglamento.
COLLEGE FRANCAIS.-Fuencarral, 33.



Zorros Silka desde 80 pesetas. Media seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es

LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

LADRILLOS REFRACTARIOS
TUBERIA DE GRES
Fábrica: PACIFICO, 12
TELÉFONO M 17-65

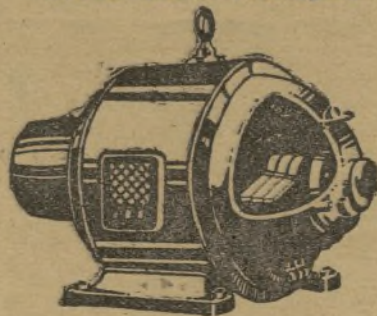
AEG

A E G
IBÉRICA DE ELECTRICIDAD (S. A.)
MADRID: Nicolás María Rivero 8, y 10
SUCURSALES:
Madrid-Barcelona-Bilbao-Gijón
Sevilla-Valencia-Zaragoza

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica

Suministro inmediato



MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17 AYALA, 60

ALFONSO FUENCARRAL MADRID
FOTOGRAFO
TOLEDO 63 MADRID

Lea usted nuestro folletín LA OPINIÓN AJENA

Nerviosina de T. González De venta en farmacias



À UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE
EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.
De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

CARDENAL CISNEROS, 62.—MADRID

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Habitación del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12.50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO

= D. Manuel del Valle Díaz. =



DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados. - Aparatos con o sin bocina. - Ventas al contado. - Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller
—
M. Serós
—
C. Flores
—
R. Leonís
—
Ballables
modernos



DISCOS
de
Salud Ruiz
—
Ofelia
de Aragón
—
C. Ortas
—
Óperas
—
Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a
FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID

QUIOSCO
DE
EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO